

## Una navidad pequeña...

VIENE DE E 1

Rebeca guarda su celular y hojea un libro sin esperar ese sonido que ahora llega. Sonríe al escucharlo. Una sonrisa que nadie ve. Por un segundo —es solo uno— teme que sea su mamá para preguntarle si almorzó —más importante: qué almorzó—, si ha hecho algo de ejercicio. Desde la muerte de su hermano que insiste en llevar su ojo hasta lo más pequeño. En cualquier momento la vida te quita todo, eso lo aprendió rápido. Pero Rebeca no alcanza a pensarlo cuando ya suena esa campanita una vez más.

Encantado, dice él, y le manda un link con horarios y opciones.

Elige tú.

Hace tiempo que no se ven y hace tiempo que quiere verlo. Él ha estado viajando, lejos y mucho, y ella no es buena para los mensajes. No sabe hacer preguntas o, al menos, no de esas que pueden mover la conversación hacia algún lado. Le cuesta escribirle, pero le da terror perderlo. Algo tan tenue puede borrarse rápido y eso la entumece. Mira la cartelera como si fuera un menú de comida. Imagina sabores enroscados en la lengua. La última vez que vio a Mario, fuera de su casa, fue en una heladería.

Por fin escoge: una película de navidad. De esas que jamás iría a ver con una amiga.

Mario y su madre ya no se hablan. Han tomado distancia, le han dicho ambos. Y ella entonces le cuenta la mitad de los mensajes que recibe. Le dice que lo saluda para el cumpleaños, a veces para las fiestas. Que una vez le mandó el link a una canción. Después deja de contarle. Porque su madre no le pregunta más, embobada por el nuevo novio de turno, y porque ella protege las cosas que le importan envolviéndolas en silencio como un regalo.

Aquello que no dices, no te lo pueden quitar.

Y la bondad también duele si no tienes la costumbre de recibirla.

Quedan en ir pronto. Para que no vuelvas tan tarde a tu casa, le dice él. Es su primera vez juntos en una sala de cine pero a esa oscuridad ella no le teme. La única oscuridad que no le da miedo. Una donde da gusto esconderse. Incluso la del sexo y la intimidad la ha rasguñado más de una vez. En cambio el cine es siempre cómplice. Ahí había dado su primer beso —labios torpes y babosos, la boca adormecida después— y su mejor beso —en una sala vacía a un horario imposible. Había soñado verse allí con personas que no estaban, hablándole a sus butacas vacías. Había ido con amigas a películas para más grandes —ella siempre se ha visto mayor de lo que es—, había ido con Víctor a ver una de niños mientras su mamá trabajaba cerca. Podrían haberse escapado, pero no lo hicieron. Eran chicos y en algún momento, Víctor le había tomado la mano para reconfortarla en medio de una escena triste. En el cine lloró desconsolada y rio hasta que le dolieron los dientes. Vio películas sola y muy mal acompañada. Aunque en un cine a lo mejor nunca estabas realmente sola. Te acompañaban las historias.

Pero las películas de navidad siempre las había visto sola o ese era su recuerdo. Mientras su mamá preparaba cosas, y para que ella no molestara, la dejaba frente a la pantalla del televisor. “Mi pobre angelito”, “Los Gremlins”, “Qué bello es vivir” y, lo que más le fascinaba: los especiales de navidad. Esos episodios de sus dibujos animados o series preferidas dedicados solo a esa fiesta. Como ese de “Pinky y Cerebro” en el que Pinky, cuando Cerebro está a punto de conquistar el mundo (su aspiración máxima durante cada capítulo de la serie), le dice que le tiene un regalo de navidad y quiere dárselo. Al principio Cerebro no le presta atención pero luego lo abre a regañadientes para encontrarse con un llavero del que cuelga un globo terráqueo. Pinky le regala el mundo, a su manera, y Cerebro abandona su plan malvado. Al menos por el momento.

El día de navidad es un paréntesis si bien los paréntesis pueden ser incómodos. El momento en que me siento más cerca de los demás, le dice su sobrino a Scrooge en “A Christmas Carol”, es el día de navidad.

Mientras camina al cine (queda cerca para ella, no tanto para él y esto fue a propósito), Rebeca piensa en todas las navidades que vio en pantalla. Mientras camina, aunque para él el trayecto es más largo, Mario piensa en la forma de quedarse, guardando la distancia. Algo tenue puede desaparecer de improviso y eso lo espanta. Solo sabe que quiere quedarse cerca.

Quedan de encontrarse en la puerta del cine —él insistirá en pagar las entradas, aunque ella podría hacerlo sin problemas, ya soy grande, le dirá, insistiendo— y ambos están nerviosos. El cine queda en un centro comercial pequeño y cuesta moverse por los pasillos en un día en que tantos están comprando regalos de último minuto. Mario se acuerda de los cines de antes, Rebeca solo vagamente. Esas salas que eran solo salas de cine. Nada de tiendas, ni restaurantes, con suerte una confitería. Teatros antiguos.

En los últimos meses, Mario ha estado obsesionado con Judy Garland. Leyendo sus biografías, durante sus viajes, descubrió que su padre era el dueño de muchas



salas de cine. Todas con nombres de joyas. Ethel, la mamá de Judy —que no se llamaba Judy sino Frances, aunque todos le decían Baby— era la encargada de tocar en su piano la música que acompañaba a las películas. Cuando le preguntaron a Judy a qué edad había empezado a actuar, dijo que a los treinta meses. Su primera canción en el escenario fue “Jingle Bells”. De improviso se subió mientras sus hermanas mayores, Virginia y Mary Jane, terminaban su acto. No quiso bajarse más. Sus hermanas y ella, después, conformaron una sola guirnalda de voces y bailes. Por eso el nuevo apellido, inventado por un productor (porque el original, Gumm, rimaba muy feo con Glum) flamante y luminoso en sus intermitencias: Garland.

Las guirnaldas de su árbol se quemaron la navidad pasada y ahora todo es un poco más oscuro. Mario nunca ha puesto un arbolito. Para qué. Para quién. Al papá de Rebeca, en cambio —un papá fantasma, de todas las navidades y por dolorosa decisión propia— le encantaban las fiestas. Le gustaba decorar la casa completa. Llenar todo de luces y pesebres, con un árbol al que cada año le compraba más adornos. Pero las películas le habían enseñado que las navidades también podían ser tristes. El padre de uno de los personajes de los Gremlins se queda atascado en la chimenea haciéndolas de Santa Claus para esa fecha. Pero ahora Rebeca sonríe mientras camina. Ve a Mario cerca de la boletería. Está de espaldas pero puede reconocerlo en la multitud más ferroz. Podría decir que es por su altura pero es más que eso. Hay algo que lo marca. Rebeca camina despacio para darle la sorpresa pero él justo se da la vuelta cuando va llegando. El gesto es torpe aunque el abrazo es largo. Rebeca se siente cómoda ahí. No quisiera estar en ninguna otra parte.

A Rebeca le cuesta leer a la gente. No sabe distinguir intenciones. Siempre miró a su padre y a su hermano —los que no están, los que se descolgaron del álbum familiar— con curiosidad de turista. La fascinación de alguien que sabe que fracasará en sus intentos por comunicarse.

Mario le pide a ella que escoja los asientos.

No hay mucha gente en el cine. No es el mejor día. O quizás todo lo contrario: es perfecto. Especial. Su especial de navidad. Mario le pregunta si quiere comer algo pero Rebeca solo tiene sed. Mario se encarga mientras Rebeca le manda un mensaje rápido a su mamá. Voy entrando al cine; salgo a las 6. Mira la pantalla por segundos largos pero su mamá no contesta. No manda emojis ni memes, como es su costumbre cuando no sabe qué decir. Ahí queda todo en gris pero ella no va a preocuparse. Guarda el teléfono en silencio en un bolsillo y camina con Mario rumbo a la sala. Le pregunta por la universidad. Por las vacaciones. Sabe que fue un año difícil. Ella se lo ha contado en algunos de sus emails. Ha traído a colación palabras sofisticadas como “exhausta”. La primera vez cree que se lo escribió en un email con faltas de ortografía.

Se sientan frente a la pantalla; no hay nadie más.

Las luces se apagan.

Una película también es un paréntesis. Algo que pasa mientras el resto de lo que se dice, del mundo, de la vida, sigue alrededor. Mientras la película los deslumbra se miran de reojo. Poco. Y a destiempo. No hablan entre ellos (no les gusta cuando otros lo hacen); ningún gesto. Solo dos cuerpos, uno junto al otro, con la vista al frente y siendo invadidos por otra historia. Palabras importantes escondidas entre otras palabras. Un día especial envuelto para regalo entre tantos otros días iguales.

A veces, cuando se hace un silencio en la película, se cuelean desde afuera los villancicos del centro comercial. Rebeca se sabe más de alguno. Son canciones pegajosas. En una de sus películas más conocidas, “Meet Me in St. Louis”, Judy Garland le canta a una de sus hermanas en pantalla una canción de navidad. La niña está triste porque su padre les ha anunciado que se mudarán a Nueva York y ella no quiere desprenderse de su vida de siempre. Construye monos de nieve, muchos, en su jardín y entonces Esther, el personaje de Judy, le canta “Have yourself a Merry Little Christmas”, justo para Nochebuena. A Mario le gustaba esa palabrita ahí. Pequeña. Una feliz y pequeña navidad. Y esa promesa de que el próximo año todos los problemas quedarán lejos. Fuera de vista. Un villancico tenue. Judy Garland fue la primera en cantarlo, para esa película. Después Frank Sinatra grabaría su versión, cambiándole la letra. Durante la Segunda Guerra Mundial, Judy se la dedicó muchas veces a las tropas, hasta hacerlos llorar.

Mario y Rebeca se concentran en la historia en pantalla. Es importante que estén ahí. En el cine nunca estamos solos. El tiempo pasa distinto. Ellos no lo saben todavía, pero esta es la primera de muchas películas que los mantendrán cerca. Una primera, y pequeña y feliz, navidad.

\*\*\*\*\*

La escritora y colaboradora de Artes y Letras, María José Navia, ha publicado cinco colecciones de cuentos, el último en 2022: “Todo lo que aprendimos de las películas” (Editorial Páginas de Espuma).

A veces, cuando se hace un silencio en la película, se cuelean desde afuera los villancicos del centro comercial. Rebeca se sabe más de alguno...

Son canciones pegajosas. En una de sus películas más conocidas, “Meet Me in St. Louis”, Judy Garland le canta a una de sus hermanas en pantalla una canción de navidad...

La niña está triste porque su padre les ha anunciado que se mudarán a Nueva York y ella no quiere desprenderse de su vida de siempre. Construye monos de nieve, muchos, en su jardín y entonces Esther, el personaje de Judy, le canta “Have yourself a Merry Little Christmas”, justo para Nochebuena.